

LLUÍS MOLINA BALAGUER, ORETO GARCÍA PUCHOL, M^a ROSA GARCÍA ROBLES

Apuntes al marco crono-cultural del arte levantino: Neolítico vs neolitización

Actualmente, la visión más extendida respecto del arte levantino, destaca su relación con las últimas poblaciones mesolíticas, inmersas dentro de un proceso de cambios, tanto a nivel económico, como social, que conocemos por neolitización. Desde nuestra perspectiva, la distribución geográfica que presenta una determinada manifestación artística, debe ser coherente con el registro arqueológico relacionado. Sin embargo, la documentación disponible para aquellos momentos (VII y VI milenios bp) difícilmente puede sustentar dicha propuesta. A la ausencia de documentación sobre presencia mesolítica, hemos de añadir; para algunas de las regiones implicadas, una marcada dualidad cultural durante buena parte de este período.

Atendiendo, tanto a la documentación arqueológica disponible, como a la información procedente de las mismas representaciones, creemos que el arte levantino debe integrarse dentro de los ciclos artísticos neolíticos. En ese contexto, no obstante, hemos de tener presente que las poblaciones del Neolítico Antiguo se vinculan con representaciones de carácter esquemático, algunas de ellas dotadas de una elevada carga simbólica. Así pues, y teniendo presente la cronología relativa definida por las diferentes superposiciones, parece necesario desvincular también el fenómeno levantino de este horizonte neolítico antiguo, obligándonos a aceptar una cronología más reciente para este arte.

Palabras clave: Arte Levantino, Arte Esquemático, Mesolítico, Neolítico, Postcardial.

Actuellement, la plus étendue vision sur l'art levantino, mette en relation cet art avec les derniers peuplements mesolithiques. Les mesolithiques se trouvent dans un monde d'échanges, a nivel économique et social. Dans notre perspective, la distribution géographique laquelle présente une concrète manifestation artistique, doit être cohérente avec sa registre archéologique. Pourtant, la documentation disponible pour ces moments (VII et VI mil bp) ne peut pas supporter cette proposition. Nous n'avons pas une documentation de la présence mesolithique, et nous devons ajouter, pour certaines régions impliquées, une grande dualité culturelle dans une grande période.

Avec la documentation archéologique disponible, et avec l'information des représentations, nous pensons que l'art levantino doit s'intégrer dans les cycles artistiques néolithiques. Dans ce contexte, nous devons avoir présente que les peuplements du Néolithique Ancien se relationnent avec des représentations de caractère schématique, quelques unes avec une grande charge symbolique. Donc, si la chronologie relative est défini par des superpositions, il semble avoir besoin de ne mettre pas en relation l'art levantino avec cet horizon du Néolithique Ancien. Nous devons accepter une chronologie plus récent.

Mots clés: Arte Levantino, Art Schématique, Mesolithique, Néolithique, Postcardial.

INTRODUCCIÓN

La reflexión en torno a las propuestas de contextualización del arte rupestre levantino constituye el eje central de este artículo. Y ello, no es debido a la ausencia, en la bibliografía al uso, de trabajos ambiciosos y sistemáticos que tratan de centrar la dinámica temporal y territorial de este discurso artístico, sino más bien a que creemos que las lagunas planteadas son todavía remarcables, y que buena parte de estas propuestas continúan sugiriendo serios interrogantes.

Abarcar ampliamente esta problemática nos obligaría a retrotraernos en el tiempo, cuando a finales del siglo XIX y principios del pasado siglo, fueron descubiertas las primeras manifestaciones pintadas en algunos abrigos del levante peninsular (Toricos –Albarracín, Teruel– y la Roca dels Moros –Calapatà, Teruel–), atribuyéndoles la denominación de *arte levantino* con el que se conocen hasta la actualidad. La representación de figuras humanas y animales bajo una concepción naturalista, en ocasiones reflejando escenas que responden a cacerías, danzas, paradas militares, e incluso

representaciones relacionadas supuestamente con actividades de carácter doméstico, constituyen la característica distintiva de esta manifestación. A esta primera expresión artística identificada le fue otorgada en un principio una cronología paleolítica, de acuerdo con la temporalidad que manifestaban los descubrimientos rupestres en el cantábrico español y el suroeste francés. Trabajos como los de Breuil, (1912), Obermaier y Wernert (1919) o Bosch Gimpera (1924) incidían en una adscripción pleistocena de este arte. No obstante, desde un primer momento se reconocían las diferencias entre estas manifestaciones y las procedentes de las cavernas franco-cantábricas, en lo referente al estilo, su emplazamiento en abrigos y, sobre todo, el papel de la figura humana en las escenas. De esta manera, no tardaron en aparecer las primeras voces que proponían una cronología más reciente, post-paleolítica (Hernández Pacheco, 1924).

Los posteriores trabajos de autores como Almagro (1944, 1952), Martínez Santa Olalla (1946), Ripoll (1960, 1966), Jordá (1966) o Beltrán (1968) consolidaron esta última línea, incidiendo en la relación entre estas manifestaciones artísticas y los cazadores-recolectores holocenos. Dependiendo de las propuestas concretas, parecía claro que la cronología del arte levantino debía situarse entre el Epipaleolítico y la Edad del Bronce.

También el *arte esquemático* fue identificado en un momento temprano, concediéndosele en este caso un marco temporal corto, condicionado por la documentación de paralelos muebles de cronología eneolítica, entre los que destacarían los motivos reconocidos como ídolos oculados, soliformes, así como ciertas representaciones esquemáticas animales, entre otros. Los trabajos de Breuil (1935) y Acosta (1968) sentarían las bases de esta identificación, si bien esta última autora acabaría por reconocer que el examen detallado de los paralelos muebles parecían conceder al esquematismo un marco temporal más amplio, que podría retrotraerse hasta el Neolítico. Las representaciones esquematizadas de figuras humanas y animales, así como la importante presencia de signos y expresiones geométricas, entre los que resulta difícil entrever una relación significativa, es la nota común en este tipo de representaciones.

Entrando de lleno en la problemática de la adscripción temporal, el arte denominado *lineal-geométrico*, nombre atribuido al episodio artístico de las plaquetas grabadas recuperadas en las capas precerámicas de la secuencia de Cocina (Dos Aguas, València) –Pericot, 1945; Fortea, 1974–, venía a incrementar la variabilidad de horizontes artísticos holocenos, si bien en este caso la atribución al mesolítico reciente no ofrecía ninguna discusión (Fortea, 1974). Este mismo autor planteaba la posible relación de estos motivos con algunas manifestaciones rupestres reconocidas en determinados paneles, entre ellos destacaremos las figuraciones de La Sarga (Alcoi, Alacant) –infrapuestas a figuras levantinas–, la Araña (Bicorp, València) y Cantos de la Visera (Yecla, Murcia), e incluso los propios motivos identificados en las paredes de la misma Cueva de la Cocina (Fortea, 1974). A este respecto, Beltrán ya había realizado alguna advertencia

sobre la presencia de determinadas representaciones infrapuestas al levantino en la publicación de La Sarga, que él calificaba como esquemáticas (Beltrán, 1968, 1974).

Sin duda, el vuelco más significativo en los estudios sobre el arte rupestre postpaleolítico en los últimos años, ha venido de la mano de la identificación del denominado *arte macroesquemático* (Hernández *et al.*, 1988). La adscripción a este arte de las representaciones de La Sarga comenzaba a ofrecer una secuencia relativa en la sucesión de los diferentes estilos artísticos holocenos en base a las superposiciones documentadas. Al mismo tiempo, la observación de paralelos muebles entre las cerámicas neolíticas acotó la asignación cronológica del macroesquemático a los momentos iniciales del Neolítico, de acuerdo con el registro material de los vecinos conjuntos de la Cova de l'Or, Beniarres, y Sarsa, Bocairent (Martí y Hernández, 1988; Bernabeu, 1989). En este sentido, el marco espacial de aparición de este arte parecía corresponder de forma casi exclusiva al importante núcleo de ocupación del Neolítico Antiguo del norte de la actual provincia de Alacant (Hernández *et al.*, 1988, 1994). El arte macroesquemático presenta además diferencias notables con las representaciones del arte levantino, según las definiciones expresadas reiteradamente, ya que se trata de una manifestación marcada por un acusado simbolismo (Hernández, 2000).

De esta manera, el arte levantino quedaba circunscrito a una cronología claramente neolítica, desmarcándose, al tiempo, de las representaciones rupestres relacionadas con el mundo cardial. Su amplia extensión por la franja oriental de la península Ibérica, su supuesta relación con áreas montañosas interiores y la ausencia de escenas donde se pudieran intuir actividades productoras, parecía vincular esta manifestación con la distribución de las últimas poblaciones mesolíticas. No es menos cierto, sin embargo, que esta asignación cronológica no ha sido aceptada por la totalidad de la comunidad científica, y no resulta extraño encontrar en la bibliografía lecturas distintas que abogan por una cronología inicial anterior, netamente epipaleolítica (p. ej. Alonso y Grimal, 1999; Mateo, 2002).

ARTE LEVANTINO Y NEOLITIZACIÓN

Debido, en buena parte, a la iconografía plasmada en los paneles levantinos, raras han sido las voces que han puesto en duda la vinculación de las manifestaciones de este fenómeno artístico a grupos humanos de economía caza-recolectora. De hecho, como se puede apreciar en la bibliografía desarrollada en la última década, el debate sobre la filiación cultural del arte levantino se ha trasladado hacia su relación con el proceso de neolitización y, por tanto, a su datación inicial.

La posible cronología de este arte viene determinada, para la mayoría de los investigadores, tanto por su posición relativa dentro de las superposiciones pictóricas, como por la identificación de ciertos paralelos muebles. En esta línea, el papel del Abric de la Sarga es fundamental, una vez reconocida la adscripción de las representaciones del macroesque-

mático al horizonte del Neolítico Antiguo Cardial. Obviamente, su posición por encima de estas pinturas, coloca el arte levantino dentro de una cronología plenamente neolítica. Semejante situación se puede aducir en relación a otras superposiciones documentadas en la zona de Aragón y Castelló. En los Chaparros (Albalate, Teruel) encontramos diversas figuras sobre una especie de ramiforme; parecida situación encontramos en Labarta (Vero, Huesca). De igual manera, los recientes trabajos de limpieza en la Cova del Civil (Tírig, Castelló) han documentado la presencia de un gran meandriforme por debajo de la conocida escena levantina de combate. Si bien, en un primer momento se consideraron estas representaciones como las evidencias rupestres del arte lineal-geométrico (Fortea, 1974; Beltrán, 1987; Utrilla y Calvo, 1999), con posterioridad se ha reconocido la similitud entre estos motivos y aquellos que se encuentran en la cerámica del Neolítico Antiguo (Utrilla, 2002), como ya había planteado en diversas ocasiones Bernabeu (1999, 2002). Parece lógico, pues, desvincular estas manifestaciones de las plaquetas que han definido dicho estilo lineal-geométrico (Mateo, 2002). De acuerdo con esta línea, Villaverde y Martínez Valle (2002) destacan como innecesario cualquier intento de relacionar el esquematismo con contextos ajenos al Neolítico. Con todos estos datos, pues, quedaría reforzada la posición cronológica relativa del arte levantino en relación a la introducción de las novedades neolíticas.

Estos paralelos se culminan con la identificación de dos fragmentos con decoración impresa no cardial de la Cova de l'Or (Beniarrés, Alacant) en los que se pueden reconocer un cérvido, una cabra y, posiblemente, un bóvido. En ellos se ha querido ver una representación sobre cerámica de los mismos motivos que encontramos en el arte levantino (Hernández, 1995). Dada la técnica decorativa empleada en estos fragmentos (impresión de peine o gradina), parece más que razonable aceptar para ellas una cronología entre el 6400-6000 bp. De esta manera, el desarrollo del arte levantino se produciría inmediatamente después de la primera presencia de grupos Neolíticos en la península, como así se ha propuesto recientemente en la monografía dedicada a la Cova dels Cavalls, Tírig (Martínez Valle y Villaverde, 2002). La presencia en cerámicas neolíticas de ese tipo de representaciones sería visto como una influencia de las expresiones culturales mesolíticas sobre la iconografía neolítica. Este planteamiento comporta que, cuanto menos, desde el último tercio del VII milenio bp, existe una dinámica de intercambios e influencias mutuas entre los grupos de ambas tradiciones.

Así pues, la visión más aceptada en los últimos años vincula el desarrollo del ciclo artístico levantino con las posibles respuestas generadas por los grupos de cazadores-recolectores ante el asentamiento y expansión de los grupos neolíticos (entendidos éstos como los portadores de una economía productora). Esta propuesta participa plenamente de los planteamientos expresados por el Modelo Dual de neolitización, que admite la coexistencia de una doble tradición (mesolítica y neolítica) como consecuencia de la introducción de la economía de producción en la península Ibérica (Fortea,

1973; Juan Cabanilles, 1992; Martí y Juan Cabanilles 1997; Bernabeu, 1989, 1997 y 2002). De este modo, y tomando como punto de partida la hipótesis de un arte cuyo detonante sería la reacción de los últimos cazadores-recolectores ante los cambios conceptuales y económicos propiciados tras la llegada de estas innovaciones (Fortea y Aura, 1987), la localización del mismo debería por lógica marcar un punto de inflexión en el registro arqueológico frente a las zonas de plena implantación neolítica. Además, esta concreción espacial determinada, debería ser consecuente con la dimensión cronológica admitida, que en este caso arrancaría en un momento avanzado del Neolítico Antiguo, alcanzando, supuestamente, el Neolítico Final.

Las recientes aportaciones de Juan-Cabanilles (1992), Bernabeu (1999, 2002), Utrilla (2000, 2002) o Martí y Juan-Cabanilles (1997) inciden en el desarrollo de formas de territorialidad e identificación excluyentes de los diversos grupos mesolíticos ante el avance de las nuevas poblaciones asentadas. La ya citada cronología *post-quem* en relación al arte macroesquemático “cardial”, así como su desarrollo por amplias zonas interiores del Este peninsular donde existe una importante documentación de ocupaciones del Mesolítico Reciente, han permitido que el arte levantino se presente como una especie de diario donde los “últimos indígenas” plasmaron la necesidad de defender su identidad grupal.

En esta tesitura debemos hacer referencia al reciente trabajo publicado por Martí y Juan-Cabanilles (2002) con motivo del 50 aniversario del descubrimiento de las pinturas de La Sarga. Las coherentes y precisas apreciaciones de estos autores, de las cuales participamos plenamente, creemos que marcan un importante cambio de rumbo, que parte de la reflexión profunda del contexto arqueológico del territorio de afectación de este importante enclave pictórico, que, para entendernos, haría referencia a la zona norte de la provincia de Alacant. En este sentido, la consideración del arte levantino como una manifestación del Neolítico rompe con la visión al uso de un arte de caza-recolectores tal y como es planteado en un buen número de trabajos. De acuerdo con las premisas esgrimidas, y partiendo de la ruptura manifiesta del registro mesolítico –a partir de su fase A– en el posterior territorio cardial de las comarcas centromeridionales valencianas, el peso del proceso neolitizador recaería sobre las nuevas poblaciones colonizadoras. Si se advierte además que el registro neolítico del área obedece a una secuencia que podríamos calificar de continuada, aunque se perciben puntos de inflexión que tendremos ocasión de comentar en posteriores apartados, el arte levantino en aquel entorno territorial debe ser entendido como propio de estas poblaciones neolíticas.

Este nuevo contexto interpretativo pone sobre la mesa una serie de cuestiones sobre la misma significación del arte levantino, así como de su cronología relativa a las que la visión tradicional, creemos, no puede responder satisfactoriamente. Desde nuestra óptica, pues, se hace necesaria una revisión de los datos existentes con el fin de intentar plantear una nueva propuesta que consiga salvar las contradicciones evidenciadas por el registro arqueológico disponible.

EL CONTEXTO DEL ARTE

El arte rupestre, como cualquier otra manifestación cultural de un grupo humano, debe interpretarse dentro del conjunto de evidencias que definen a dicha sociedad. Como ya dijera Jordá (1966: 76), *no es solamente un problema artístico sino también cultural y hay que verlo y estudiarlo en relación con las culturas en las que pudo producirse*. Desde esta premisa, no podemos, pues, considerar el arte levantino al margen del registro arqueológico reconocido. Ello, desde nuestra óptica, tiene una doble implicación.

Por un lado, cualquier propuesta sobre la cronología de una determinada manifestación artística debe ser consistente con el conjunto de la documentación arqueológica que poseemos a **nivel regional**. No queremos, con esto, defender los planteamientos basados en el criterio de proximidad para dotar de concreción cronológica dichas representaciones. El arte rupestre se integra dentro de las estructuras territoriales de los grupos humanos que lo generaron. De tal manera, deberemos mantener una visión amplia del mencionado contexto para identificar a los autores de las representaciones pictóricas. Pero, al mismo tiempo, hemos de tener presente que cualquier propuesta de contextualización del arte rupestre debe ser consecuente con la dinámica del registro arqueológico documentado en la **totalidad** de las áreas de distribución de dicha manifestación. Si aceptamos que el arte levantino es una manifestación unitaria (con las lógicas variantes regionales) a lo largo de toda su geografía, deberemos reconocer unas coincidencias o similitudes entre todos los grupos implicados en su desarrollo.

Esta última aseveración nos lleva al segundo aspecto o implicación que queremos resaltar. El arte rupestre no es una mera manifestación artística ausente de significación. Bien al contrario, consideramos que forma parte destacada del aparato simbólico e ideológico de las sociedades que lo generaron. Como tal manifestación ideológica, se relaciona directamente con las estructuras socio-económicas que definen a ese grupo humano, jugando un determinado papel en el refuerzo y justificación de dichas estructuras (De Marrais *et al.*, 1996; Earle, 1997). Por tanto, la distribución de las diferentes estaciones, el mayor o menor desarrollo del ciclo artístico en cada una, responde a una organización y a una gestión determinada del territorio por parte de las poblaciones humanas. Como parte de una ideología, las manifestaciones artísticas surgen dentro de unas relaciones y condiciones sociales y económicas determinadas, y su difusión a través de otros grupos humanos remite a una situación histórica particular. De esta manera, el considerar una cronología para el arte rupestre levantino no es sólo un problema de temporalidad, es también aceptar y considerar un contexto histórico en el cual dichas manifestaciones pudieron generarse y expandirse. Por eso, si bien es posible definir ciertos aspectos etnográficos en las manifestaciones levantinas, parece totalmente fuera de sitio —como recientemente han apuntado Guilaine y Zammit (2002)— justificar una atribución por parte de grupos cazarecolectores a causa de la presencia exclusiva de fauna salva-

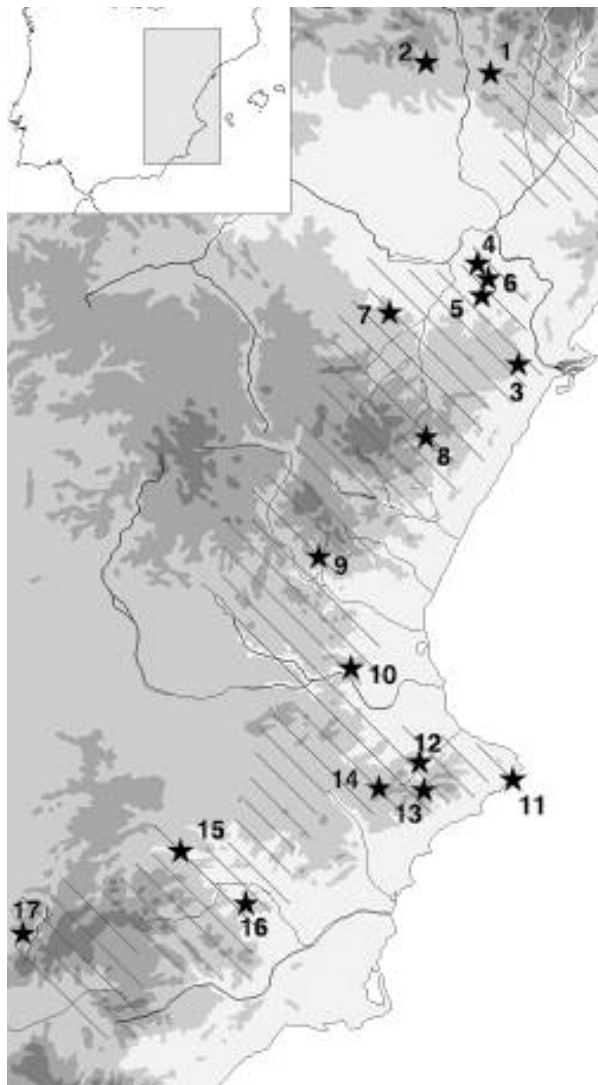


Figura 1. Área de dispersión aproximada del arte rupestre levantino y principales yacimientos citados en el texto: 1. Forcas II; 2. Chaves; 3. Vidre; 4. Botiguera dels Moros; 5. Costalena; 6. Pontet; 7. Alonso Norte; 8. Fosca; 9. Llatas; 10. Cocina; 11. Cendres; 12. Or; 13. Mas d'Is; 14. Falguera; 15. El Niño; 16. El Pozo; 17. Nacimiento.

je y a la abundancia de escenas cinegéticas. El análisis debe hacerse, más bien, en la dirección contraria: una vez determinada la cronología de dicha manifestación en base a los planteamientos anteriormente expuestos, deberemos concentrar nuestros esfuerzos en imbricarla dentro de las estructuras socio-económicas y territoriales de los grupos concretos.

Un desarrollo en profundidad de estos aspectos excede sobradamente las posibilidades de estas líneas. Los objetivos de nuestro trabajo, como hemos manifestado anteriormente, se centran en la primera cuestión planteada. Dada la actual situación en que se encuentra el debate sobre la autoría del arte levantino, creemos que se hace necesaria una revisión de

este fenómeno. Con ello, pretendemos destacar aquellas contradicciones que presenta la propuesta anteriormente analizada. Al mismo tiempo, queremos proponer una hipótesis alternativa, más acorde con los datos arqueológicos existentes.

Para tal fin, desarrollaremos una presentación de la información actualmente disponible sobre el poblamiento mesolítico reciente y la dinámica de difusión y consolidación de las economías agrícola-ganaderas en toda el área donde se encuentra el ciclo artístico levantino. No pretendemos, pues, ni ser exhaustivos en la documentación ni entrar más de lo necesario en aquellas polémicas existentes sobre las secuencias culturales. Tampoco debemos dejar de advertir que la siguiente presentación corresponde a una lectura **determinada** de los datos arqueológicos, los cuales, en todo caso, siempre pueden prestarse a lecturas alternativas.

Para mayor comodidad descriptiva, hemos establecido una serie de regiones (no dejan de ser particiones artificiales), las cuales nos servirán como base para exponer los datos arqueológicos sobre los que desarrollaremos nuestra propuesta. Estas regiones son: 1. Área meridional (Almería, Jaén, Murcia y Albacete), 2. Área central (Alacant y València); 3. Área centro-septentrional (Castelló, Tarragona y Teruel); 4. Área septentrional (Huesca y Lleida).

ÁREA MERIDIONAL: ALMERÍA, JAÉN, MURCIA Y ALBACETE

Con la documentación actualmente disponible, el área meridional de difusión del arte levantino se corresponde, *grosso modo*, con las comarcas situadas a uno y otro lado del límite administrativo de las provincias de Murcia y Albacete. Su límite sur lo encontramos en el núcleo de pinturas de Vélez Rubio (Almería), mientras que hacia el Oeste alcanza las Sierras del Segura (Jaén).

La única documentación que disponemos de presencia humana inmediatamente anterior al Neolítico, si dejamos de lado las estaciones alicantinas del Vinalopó, se circunscribe al área meridional (provincia de Jaén), con las cuevas del Nacimiento y Valdecuevas (Asquerino y López, 1981; Rodríguez, 1982; Sarrión, 1980), con una datación para el primero de los yacimientos de 7620 ± 140 bp, bastante elevada dado el contexto arqueológico al que remite. En ambos casos las industrias asociadas se caracterizan por la presencia de triángulos tipo Cocina, si bien en el segundo de los yacimientos, los datos son bastante exiguos. No incluimos aquí los más que dudosos datos ofrecidos por la Cueva del Buho (Mula). La morfología de los geométricos publicados no concuerda con la adscripción paralela a Cocina I propuesta por Martínez Andreu (1983, 1986).

La zona afectada por el estudio se corresponde con el tradicional corredor interior que comunica la costa levantina valenciana con las sierras granadinas y el Alto Valle del Guadalquivir. Esta ruta se ha propuesto tradicionalmente como una vía alternativa a la difusión marina del complejo neolítico defendida por autores como Zilhão (1997, 2000). Efectivamente, a lo largo de toda la zona se documentan una serie de estaciones que nos hablan de una presencia de gru-

pos humanos vinculados al Neolítico. Así, al fragmento de cerámica cardial procedente de la Cueva del Cabezo de los Secos (Soler, 1989), podemos incorporar aquel otro identificado en la Cueva del Niño, Ayna (Almagro, 1971; Martí, 1988), los materiales del Abrigo Grande II del Barranco de los Grajos (Walker, 1977), para culminar nuestro recorrido en el fragmento documentado por Colominas (1925) en el Cerro de las Ánimas, en Vélez Rubio.

En todo caso, es a partir de finales del VII milenio y primera mitad del VI milenio bp cuando presenciamos un claro proceso de consolidación del poblamiento neolítico. Relacionado con un horizonte de cerámicas impresas (con notable presencia del uso de gradina) e incisas, se suman a los anteriores yacimientos citados todo un conjunto de nuevas estaciones. En este momento, junto a la zona interior, comienzan también las evidencias de ocupación en el área costera. La cronología de este proceso expansivo nos la ofrecen dataciones como las del Abrigo del Pozo, Calasparra, (6260 ± 120 bp, Martínez Sánchez, 1994) o el poblado de Cerro Virtud (6160 ± 180 bp, Ruiz Taboada y Montero, 1999) para cada una de las dos zonas citadas. Entre los nuevos yacimientos debemos mencionar también los de la Sierra de la Puerta, Cueva del Calor, Hondo de Cagitan, Lorca o la Cueva de Ambrosio para el ámbito interior, y en la zona costera, la Cueva de los Mejillones, Cueva de los Pájaros y la Cueva de los Tollos (Jiménez, 1962; Martí, 1991; Martínez Andreu, 1986; Martínez Sánchez, 1988). Lamentablemente, los datos paleoeconómicos en la zona brillan por su ausencia, con lo que tampoco podemos hablar de la orientación económica de estos grupos. Podemos, no obstante, destacar la presencia de polen de *cerealia* en la Cueva del Calor (San Nicolás, 1986) como un dato susceptible de ser interpretado como evidencia de prácticas agrícolas.

La ausencia de series estratigráficas largas impide poder seguir con claridad la evolución de la secuencia neolítica en la zona. Sin embargo, podemos intuir un proceso de consolidación de los grupos humanos anteriores, así como el desarrollo del poblamiento en hábitats permanentes al aire libre desde mediados del VI milenio bp. En algún momento de este período cabe considerar que arrancan las ocupaciones de yacimientos como el Cerro de los López, Borracha II (Gil, 2000), Cerro de las Viñas (Jiménez et al., 1999) o Calblanque (García del Toro, 1986). Es interesante destacar que en algunas de las estaciones encontramos especies cerámicas tan características del ámbito valenciano en este momento (y tan extrañas en el contexto andaluz) como las decoraciones esgrafiadas o el peinado de las superficies. Estos serían los casos de la Cueva del Nacimiento (Asquerino y López, 1981), Calblanque, Cueva de los Mejillones (García del Toro, 1986), Sierra de la Puerta (Martínez Sánchez, 1988), Cerro de las Viñas (Jiménez et al., 1999) o Cerro Virtud (Ruiz Taboada y Montero, 1999), cuya serie de dataciones, en el sector donde se documenta el asentamiento neolítico, culmina precisamente en el 5300 ± 120 bp.

Estas ocupaciones al aire libre prefijan el panorama que se nos aparece a partir del Calcolítico. En estos momen-

to asistimos en toda la región a una auténtica eclosión de yacimientos al aire libre, cuevas de enterramiento, etc. Así, a modo de ejemplo, en la Carta Arqueológica de la región de Murcia, García, Buendía y Llinares (1989) citan más de un centenar de yacimientos de esta cronología, entre los que debemos destacar algunos tan emblemático como pueden ser El Prado (Jumilla), Los Alcores (Caravaca) o El Campico y Los Blanquizaes de Lébor (Totana). Podemos decir que es en este momento cuando se ha producido la total ocupación del territorio, organizado en poblados agrícolas estables en los que no faltan las evidencias de estructuras de almacenamiento subterráneas. No obstante, cabe recordar que la presencia de silos está documentada desde momentos anteriores, como podría ser el caso de La Borracha I, Jumilla (Gil, 2000).

ÁREA CENTRAL: ALACANT Y VALÈNCIA

Contrariamente a lo visto anteriormente, nos encontramos con una de las áreas mejor estudiadas para el momento que nos afecta, con abundancia de secuencias estratigráficas, dataciones, existencia de estudios espaciales o paleoeconómicos. El volumen de documentación publicado nos exime en parte de detallar dicha secuencia. Al tiempo, estamos en una de las regiones más ricas en manifestaciones rupestres, incluyéndose los tres estilos documentados hasta la fecha (Hernández *et al.*, 1988, 1998, 2000). Sí queremos, sin embargo, incidir en este apartado sobre la dinámica de los patrones de poblamiento, así como ciertos aspectos relacionados con la expansión de los grupos neolíticos y el papel jugado por las poblaciones indígenas. El hecho de la presencia del macroesquemático y la proximidad entre las poblaciones de los distintos complejos culturales confieren a este área un interés especial a la hora de poder ofrecer una interpretación del arte rupestre.

Los datos actualmente disponibles, y aceptados por la gran mayoría de los investigadores, parecen evidenciar que la aparición de los grupos del Neolítico Antiguo Cardial se produce en un territorio marginal desde el punto de vista del poblamiento mesolítico indígena. Toda la documentación disponible hasta la fecha incide en la existencia de un hiatus entre esas nuevas poblaciones y las últimas evidencias de grupos cazadores-recolectores (El Collao, Oliva; Tossal de la Roca, Vall d'Alcalà; Abric de la Falguera, Alcoi). Las recientes campañas de excavación en este último yacimiento, bajo la dirección de uno de nosotros (García-Puchol), ha permitido datar el último momento de las industrias mesolíticas del abrigo en 7200±40 bp (datación AMS), frente a la fecha de 6510±70 bp de los primeros ocupantes del Neolítico Antiguo Cardial de dicho abrigo. Ambos niveles se encuentran separados por un paquete sedimentario con escasos materiales¹.

Grosso modo podemos considerar el segundo cuarto del VII milenio bp como el momento en que estos grupos ocupan la región. A tenor de la abundancia de yacimientos con evidencias de restos cardiales, podemos considerar un importante potencial demográfico, vinculado a la práctica de una economía productora agrícola-ganadera plenamente desarrollada. La existencia de asentamientos al aire libre estables

y de larga duración ha venido confirmada por los datos procedentes de la excavación del Mas d'Is (Penàguila, Alacant), aún en curso (Bernabeu *et al.*, 2002). A estas poblaciones es a las que se vincula el desarrollo del ciclo artístico de las manifestaciones macroesquemáticas, cuya interpretación más aceptada se decanta por destacar el plano simbólico-religioso que pudieron tener (Hernández, 2000). La presencia de paralelos muebles, tanto en esta misma zona, como en cerámicas catalanas (Cova de l'Or, St. Feliu de Llobregat; Cova del Vidre, Roquetes: Martí y Juan Cabanilles, 2002), así como sus relaciones con diferentes ámbitos de la cuenca mediterránea (Martí y Hernández, 1988) refuerzan esta lectura. Junto a este estilo, parece vincularse el primer desarrollo del arte esquemático, de acuerdo con recientes estudios (Torregrosa, 2000-2001; Torregrosa y Galiana, 2001)².

Es interesante observar cómo estos motivos esquemáticos antiguos (antropomorfos, zig-zags, serpentiformes...) aparecen bien representados en diferentes abrigos de la comarca de la Canal de Navarrés y el sur del Río Júcar (p. ej. en las Cuevas de la Araña o las estaciones del Barranco Moreno, Bicorp: Aparicio y San Valero, 1977). Esta documentación, junto a la evidente similitud del antropomorfo identificado en el Abric de Roser, Millares (Oliver y Arias, 1992), con aquellos existentes sobre soporte cerámico, puede ponerse en relación con una pronta penetración de los grupos cardiales en esta zona, ejemplificada en yacimientos como la Cova del Candil, en Tous, o la Cova Dones, Millares, y alguna otra actualmente en estudio por dos de nosotros (Ceñajo de la Peña, García-Robles y Molina). La reciente revisión que se ha hecho de la industria lítica de la cercana y conocida Cueva de la Cocina, aboga también por una rápida disolución de las tradiciones mesolíticas frente a las nuevas poblaciones (García-Puchol, 2002).

Similar circunstancia podemos intuir hacia la cuenca del Río Vinalopó, donde se encuentra el segundo grupo mesolítico reconocido. La ausencia de estratigrafías largas impide definir con claridad el ritmo de la neolitización. No obstante, es destacable que, frente a la presencia de materiales de tradición mesolítica exclusivamente en la cubeta de Villena, encontramos evidencias materiales (tanto al aire libre como en cueva) adscribibles a un horizonte epicardial (finales del VII milenio bp) a lo largo de todo el Vinalopó, así como en la zona sur de la provincia (Guilavert *et al.*, 1999; Soler y López Padilla, 2000-2001), enlazando con los yacimientos costeros vistos para la zona anterior. Hacia el norte de la provincia de València sí que parece advertirse un acantonamiento poblacional de los grupos mesolíticos (García-Puchol, 2002), cuyas tradiciones líticas, pese a la paulatina introducción de la economía productora, pueden reconocerse todavía en momentos avanzados del Neolítico Antiguo (Covacha de Llatas, Andilla). Recientes, y aún inéditos, trabajos de prospección han comenzado a documentar en la zona la existencia de estaciones con arte rupestre, tanto levantino como esquemático.

De este modo, se asiste a un proceso de consolidación y expansión del poblamiento neolítico por una amplia área. Todo este panorama, sin embargo, culmina con el paso a

aquello que podríamos considerar como el Neolítico postcardial (Neolítico Ic), caracterizado por el notable desarrollo de las cerámicas peinadas. Hacia el segundo cuarto del VI milenio bp es posible advertir toda una serie de cambios dentro de los sistemas de ocupación del territorio. Bastantes de los yacimientos cuyo arranque se sitúa en la fase cardial comienzan a ser menos frecuentados, sino abandonados completamente. Este extremo se hace más patente en relación a las grandes cuevas de habitación conocidas (Or, Sarsa, Cendres). Para las dos primeras, el registro existente nos indica que, a partir de estas fechas, la presencia humana en ellas se hace bastante esporádica, pudiendo incluso dudarse que este momento esté representado en Or. Por su parte, en Cendres, a partir del nivel H14 y, sobre todo, H13 (5820±130 bp) asistimos a un brusco descenso del volumen de restos recuperados, al tiempo que se documentan los primeros fuegos de corral, fruto de la utilización de la cavidad como lugar de estabulación de ganado, funcionalidad que se mantendrá a lo largo del resto de su secuencia prehistórica. Las grandes cuevas han dejado de ser utilizadas como lugares de ocupación estable por parte de los grupos neolíticos. Este proceso de cambios continua durante la fase siguiente, dentro de la segunda mitad del milenio (Neolítico IIa, cerámicas esgrafiadas), momento en el que el Mas d'Is, es finalmente abandonado. También otros yacimientos, caso Santa Maira o Coveta Emparetà, finalizan ahora su ocupación neolítica.

Esta compleja situación empieza a clarificarse a partir del segundo cuarto del V milenio bp. Con el desarrollo de las sociedades eneolíticas (o Neolítico IIb), nuevamente contamos con un panorama documental bastante explícito respecto a las formas de estructuración y organización del territorio. En estos momentos, junto a la definitiva colonización de muchos valles interiores de la montaña alicantina (Barton *et al.*, 2001) y la densificación del poblamiento, se produce la consolidación de los hábitats al aire libre delimitados por fosos y con abundantes estructuras de almacenaje subterráneas (silos). Este modelo parece que podemos verlo repetido también en el Vinalopó (La Torreta-Monastil, Novelda: Jover *et al.*, 2000-2001), el Sur del Júcar (Ereta del Pedregal, Navarrés: Pla *et al.*, 1983; Juan-Cabanilles, 1994) así como en las comarcas del centro de la provincia de València (Fuente Flores, Requena: Juan-Cabanilles y Martínez-Valle, 1988). Se produce, pues, un notable empuje demográfico que lleva a la ocupación efectiva de buena parte de las tierras valencianas, en una dinámica que tiene su continuidad durante el Horizonte Campaniforme y la Edad del Bronce.

Dentro de este entorno geográfico, no podemos olvidar la presencia de estaciones con arte levantino en la provincia de Cuenca. Sin embargo, con anterioridad a la Edad del Bronce, la documentación arqueológica existente se reduce a los datos publicados del yacimiento de Verdelpino (Fernández Miranda y Moure, 1975). Sus materiales cerámicos remiten a una fase que podemos considerar epicardial, pudiendo remitirnos hacia finales del VII milenio o principios del VI bp. Esta parquedad de los datos sólo puede deberse a la falta de estudios en la zona.

ÁREA CENTRO-SEPTENTRIONAL: CASTELLÓ, TARRAGONA Y TERUEL

Si bien esta región la consideramos como una unidad a nivel geográfico, no debemos dejar de lado que, para los procesos que estamos analizando, presenta una gran variabilidad interna. A esta situación hemos de añadir las indefiniciones, escasez de secuencias y falta de estratigrafías exentas de polémica que encontramos en alguno de los ámbitos, como es el caso castellanense.

Los datos sobre las poblaciones anteriores a la llegada de los primeros influjos neolitizadores son muy abundantes para el área del Río Matarraña (Teruel), con algunas de las secuencias más clásicas e influyentes dentro del complejo industrial del Mesolítico Reciente: Botiqueria dels Moros, Costalena o Pontet (Barandiarán, 1978; Barandiarán y Cava, 1989; Mazo y Montes, 1992).

En esta zona, la llegada de los primeros influjos neolitizadores ha quedado reflejada en la aparición de fragmentos de cerámica cardial en diversos de los yacimientos ya ocupados con anterioridad. A nivel territorial, no parece que se produzca un cambio en las formas de ocupación, manteniéndose la misma dinámica entre los yacimientos anteriormente frecuentados, y sin que se documenten nuevos emplazamientos. La fecha de C14 aportada por el Nivel c inferior de Pontet (6370±70 bp, Mazo y Montes, 1992) puede servirnos de marcador cronológico del desarrollo de este proceso. El estudio de la dinámica evolutiva de las industrias líticas permite valorar positivamente la posibilidad de una perduración de estas tradiciones hasta inicios del VI milenio bp. La presencia de estos materiales alóctonos, así como ciertos cambios en las características del componente lítico³ pueden considerarse una evidencia de los procesos de interacción valorados dentro del Modelo Dual.

Lamentablemente, los datos paleoeconómicos disponibles son bastante precarios. La aparente ausencia de cambios en la forma de gestión del territorio a lo largo de todo el VII milenio bp, puede interpretarse, de acuerdo con los planteamientos de Utrilla (2002), como la evidencia de una perduración de los sistemas económicos caza-recolectores. De esta manera, serían yacimientos como Alonso Norte o Torrazas los que indicarían el desarrollo de economías productoras en la zona. A falta de dataciones fiables, el carácter "epicardial" de la cerámica de Alonso Norte (Benavente y Andrés, 1989), nos debe remitir a un momento cronológico próximo a los inicios del VI milenio bp, antes que a mediados de dicho milenio, como postula Utrilla (2002).

Mucho más confusos son los datos disponibles para el ámbito castellanense. Hasta la fecha, para el área de desarrollo del arte levantino sólo disponemos de la información aportada por el Cingle del Mas Nou, Ares del Maestre, para afirmar la presencia de grupos humanos con anterioridad a las primeras evidencias neolitizadoras (Olària, 1999), toda vez que este momento cronológico parece quedar descartado en la cercana Cova Fosca (Casabó, 1990).

Hacia la zona costera y septentrional de la provincia, por el contrario, disponemos de documentación de diversas esta-

ciones con materiales cardiales (Martí y Juan Cabanilles, 1987): Abric de l'Aigua Viva (Sorita), la Cova del Petrolí (Cabanès), o la Cova de la Seda (Castelló). A estos datos hemos de incorporar la datación de 6460 ± 140 bp del nivel neolítico de la Cova de les Bruixes, Rosell (Mesado *et al.*, 1997) o los materiales procedentes de la Cova del Vidre, Roquetes (Bosch, 1999), cuya datación es 6180 ± 90 bp. Todos estos datos, cuanto menos, nos informan de una presencia de grupos de filiación neolítica en el área a partir de la segunda mitad del VII milenio bp.

En este contexto, se vuelven de vital importancia tanto la valoración que se haga de la secuencia de la Cova Fosca, Ares del Maestre, como de las múltiples colecciones superficiales recuperadas, caso de los conocidos *planells* de la zona de la Valltorta (Del Val, 1977). En este sentido, las recientes prospecciones llevadas a cabo por uno de nosotros (García-Robles, 2003) dentro del parque cultural de Valltorta-Gasulla han permitido evidenciar una importante densidad de yacimientos al aire libre en las inmediaciones de la antigua laguna de Albocàsser, punto geográfico central en las comunicaciones de la comarca (Fernández *et al.*, 2002). Si dejamos aquellos materiales que remiten a una perduración de las ocupaciones durante el V milenio bp (foliáceos y otras piezas de retoque plano, grandes láminas), no podemos dejar de apreciar las semejanzas existentes con los asentamientos documentados en el área de Alcañiz, caso de Alonso Norte, que no sólo afectan a la composición de la industria lítica, sino a las mismas características de la ubicación. A la presencia de taladros y elementos de hoz y la exigua muestra de microburiles, en nuestro caso hemos de añadir un componente geométrico formado casi exclusivamente por trapecios abruptos y segmentos de doble bisel. Estas características, claramente discordantes con las industrias de filiación mesolítica, adquieren mayor relevancia si consideramos que, para toda el área castellanense, no disponemos de ninguna información sobre yacimientos adscritos a la fase C del desarrollo de dichas industrias. De tal manera, debemos dejar abierta la opción de que nos encontremos ante poblaciones neolíticas de nueva planta (García-Robles, 2003), de acuerdo con la interpretación realizada por otros autores de la citada Cova Fosca (Juan-Cabanilles y Martí, 2002).

Si, como hemos visto, conflictivos son los datos referentes a la introducción de la agricultura y la ganadería en el área castellanense, aún resulta más complicado seguir la evolución concreta del poblamiento. La abundante presencia de industrias con foliáceos cuanto menos indica una intensa explotación de la zona por los grupos conocidos como Neoneolíticos, cronológicamente situados en el V milenio bp. Esta densidad, parece razonable, debemos buscarla en procesos desarrollados en el milenio anterior.

ÁREA SEPTENTRIONAL: HUESCA Y LLEIDA

La información referida a las dos provincias septentrionales de aparición de este arte es desigual, sobre todo en relación con los momentos inmediatos a la introducción de la economía de producción. En este sentido, únicamente el yaci-

miento de Forcas II, situado en la cuenca del río Ésera (Huesca), ofrece hasta la fecha vestigios de una ocupación relacionable con el Mesolítico Reciente, y que además ha proporcionado una secuencia en la que se advierte de la aparición de cerámica cardial en momentos muy tempranos y en asociación a una industria mesolítica ya con geométricos de doble bisel. Estas fechas son además más antiguas que las propias proporcionadas por la cercana Cueva de Chaves (Bastarás), yacimiento considerado “neolítico puro” y exponente de la colonización neolítica del área del Alto Aragón. Por otra parte, aquel mismo yacimiento ve coronar su secuencia con el nivel VIII, separado de los anteriores por un estrato estéril, y en el que la industria lítica ofrece claros indicios de su vinculación neolítica (elementos de hoz, taladros), aunque en este caso no se ha recuperado cerámica cardial, pero sí restos de especies animales domésticas. La datación de este nivel (6.680 ± 190 bp)⁴ se muestra más acorde con las restantes disponibles en el área para la implantación neolítica, caso de las obtenidas en la Cueva de Chaves (6770 ± 70 bp, 6650 ± 80 bp) o la Cueva del Moro de Olvena (6550 ± 130 bp).

El número de representaciones consideradas levantinas en el área oscense no es elevado, correspondiendo básicamente a los abrigos localizados en el Río Vero (Labarta, Chimichas, Arpán, Muriecho entre otros). La relación con niveles neolíticos de tradición epipaleolítica quedaría únicamente referida al caso de Forcas II ubicado en la cuenca del Ésera, dado que la implantación de yacimientos neolíticos es especialmente significativa en un área amplia del pre-pirineo oscense (Chaves, Olvena, Forcas II –VIII–, Brujas de Juseu, Gabasa) y del leridano valle del Segre (Parco), a partir principalmente de la segunda mitad del VII y el primer cuarto del VI milenio bp. En el mismo Río Vero el yacimiento de Huerto Raso es considerado como representante de un Neolítico de nueva planta (Baldellou, 1991; Utrilla, 2002). Igualmente reseñable resulta el hecho de que las manifestaciones atribuidas al levantino coincidan en una zona donde al mismo tiempo proliferan las representaciones calificadas de esquemáticas, vinculadas en buena parte con una cronología del Neolítico Antiguo, según las opiniones vertidas por diversos autores (Baldellou y Utrilla, 1999a).

En el área de Lleida destaca la ausencia de conjuntos atribuidos al mesolítico reciente por lo que la adscripción del levantino a grupos mesolíticos en vías de neolitización resulta con los datos actuales muy forzada. Lo mismo podríamos decir del área oscense con la excepción de Forcas II. Si tenemos en cuenta que el nivel VIII de Forcas II advierte de una ocupación plenamente neolítica, el posible carácter epipaleolítico del arte levantino nos obligaría a reconocerle una cronología anterior a la presencia de las manifestaciones neolíticas. Por otra parte, estos aspectos contrastan con la hipótesis expresada por Barandiarán y Cava (1992 y 2000) acerca de la presencia de una única tradición cultural responsable de la adopción del cambio económico y cultural, de modo que las divergencias en el equipamiento tecno-económico se explicarían por distintas orientaciones funcionales. En tal caso, la doble lectura del arte neolítico –si hacemos referen-

cía al esquemático antiguo/levantino—, no tendría cabida en este marco interpretativo, a diferencia de los postulados de Baldellou y Utrilla (1999b).

Los conjuntos considerados epicardiales, con unas dataciones de finales del VII milenio e incluso de inicios del VI, están bien representados en el área y cabría vincularlas con una ocupación del territorio neolítico más extensa. Desde este momento, la documentación arqueológica disponible para la zona es bastante precaria. Sin embargo, cabe apuntar la posibilidad que a partir de estos momentos postcardiales vayan generalizándose los asentamientos al aire libre, como en el caso de La Litera (Gallart *et al.*, 1996). Dentro de este marco histórico se produce la penetración en toda el área pirenaica de las tradiciones megalíticas, ligadas a manifestaciones artísticas de carácter nuevamente esquemático, a partir de finales del VI o ya dentro del V milenio bp (Andrés, 1998).

LA CONFRONTACIÓN DEL REGISTRO

A tenor de los datos presentados, parece bastante evidente que otorgar una autoría exclusiva del arte levantino a las poblaciones mesolíticas de la fachada mediterránea peninsular choca con la falta de datos referentes a estos mismos grupos en buena parte de las regiones analizadas. Esta situación es especialmente significativa en algunas áreas como el norte de Alacant, donde se percibe un abandono de la zona por parte de estas poblaciones desde finales del VIII milenio bp. Hemos de tener presente, no obstante, que, de acuerdo con las propuestas vigentes, no es hasta el último tercio del VII milenio bp cuando se desarrollaría el arte levantino. Sin embargo, para estos momentos, se percibe ya una clara dualidad cultural en toda la zona de difusión de este arte: tanto el Alto Aragón como las comarcas centrales valencianas han sido pobladas por grupos neolíticos de nueva planta, asentados, cuanto menos, desde mediados de dicho milenio. A lo largo de su segunda mitad se percibe también la penetración de grupos humanos vinculados a esta tradición cultural, tanto a lo largo de toda el área más meridional de nuestro estudio, como en la zona castellanense. De esta manera, las poblaciones de tradición mesolítica quedarían circunscritas, casi exclusivamente, al área del Bajo Aragón. Esta dualidad cultural —que también debemos considerar social y económica— se mantiene hasta el primer cuarto del VI milenio bp.

El rápido avance de poblaciones vinculadas con las tradiciones culturales neolíticas, portadoras de una economía productora plenamente establecida, ha venido confirmado también para el valle medio y alto del Ebro. Las recientes prospecciones realizadas en el Valle de Ambrona, Soria (Kunst y Rojo, 1999), permiten situar desde el último tercio del VII milenio bp la presencia de grupos neolíticos en el área (La Lámpara: 6390±60 bp, 6144±46 bp, 6055±34 bp). Estos datos confirmarían aquellos ofrecidos por yacimientos como la Cueva Lóbrega, Logroño (6220±100 bp), o Peña Larga, Álava (Barrios y Cenicerós, 1992; Rodanés, 1998; Fernández Eraso, 1992).

Considerar el arte levantino como un arte de poblaciones caza-recolectoras obliga necesariamente, pues, a tener que explicar los mecanismos a través de los cuales una iconografía ligada a los conceptos ideológicos de estos grupos pudo ser asumida e integrada dentro de los esquemas de las nuevas poblaciones. Si mantenemos la cronología de finales del VII milenio bp para los inicios de este ciclo artístico, deberemos aceptar, además, que su desarrollo afectó a comunidades con características socio-económicas muy diferentes. Ante esta situación, hemos de tener presente que la documentación existente sobre contextos de frontera entre poblaciones caza-recolectoras y otras agrícola-ganaderas, destacan la posición dominante de las segundas en los intercambios (Dennell, 1984; Zvelebil, 1998; Thorp, 2000). Son los grupos caza-recolectores los que adoptan o imitan los esquemas simbólicos y elementos ideotécnicos de los agricultores. De tal manera, y partiendo de los datos arqueológicos y la evolución histórica considerada, resulta bastante improbable que unas poblaciones en expansión adoptaran el discurso iconográfico desarrollado por unos grupos acantonados y en proceso de asimilación cultural.

No podemos negar que el panorama que hemos presentado otorga a los grupos mesolíticos un papel bastante pasivo en el desarrollo del proceso de neolitización. La intrusión de elementos materiales de claro origen neolítico (p. ej. cerámicas cardiales), los cambios en las características de la industria lítica a partir de ese preciso momento (generalización del doble bisel, introducción de los segmentos) se acompañan de la aparición de ciertas manifestaciones de carácter esquemático que pueden vincularse sin excesivos problemas a ese mundo simbólico neolítico (p. ej. Abrigo de los Chaparros, Albalate). De igual manera que se aprecia en la cercana estación castellanense de Coves del Civil, estas representaciones siempre aparecen por debajo de las figuras levantinas. Así, además de todo lo argumentado, deberemos aceptar que, incluso en estas zonas del Bajo Aragón, las primeras manifestaciones rupestres, representadas por estos elementos esquemáticos, se integran dentro de los discursos iconográficos neolíticos.

El mismo arte levantino, más allá de su iconografía, permite ofrecer ciertas consideraciones al respecto del tema. Así, en relación al área castellanense de la Valltorta, la reciente valoración hecha por Villaverde y Martínez Valle (2002) en relación a la existencia de *complejas composiciones que resultan sumamente difíciles de explicar referidas a grupos de muy baja densidad demográfica y escasa complejidad social* (Villaverde y Martínez Valle, 2002: 194), debe ser interpretado en la línea de un arte fruto de comunidades con una economía productora plenamente establecida —como no podría ser de otra manera si aceptamos que nos encontramos ante una zona de colonización por parte de esos grupos neolíticos—. En la misma línea se muestran los análisis de las diversas escenas de combate documentadas en la zona (Jordá, 1974). El número de arqueros implicados que podemos advertir en El Civil, El Cingle o en Les Dogues (en algunos casos superior a una veintena por bando), no puede

corresponderse de ningún modo con las características demográficas de grupos caza-recolectores. Si tenemos presente el total de los efectivos (adultos, niños y ancianos), la comunidad original de cada bando implicado debía superar claramente el centenar de miembros, un número impensable fuera de grupos con economía productora o de caza-recolectores complejos, concepto éste que no podemos aplicar a las poblaciones mesolíticas del Mediterráneo peninsular, en base a los datos actualmente disponibles.

Todos estos argumentos nos llevan a un único destino: el arte levantino debe ser integrado dentro de los ciclos artísticos desarrollados por las poblaciones neolíticas de la zona oriental de la península Ibérica. Por tanto, su vinculación con el proceso de neolitización, entendido éste como el proceso de aculturación de las comunidades mesolíticas locales, queda descartada. Bien al contrario, su identificación en un área geográfica determinada debe ser interpretada como la constatación de la presencia en el área de grupos con una economía productora.

LA NUEVA LECTURA: OPCIONES Y LIMITACIONES

Esta integración del arte levantino dentro de los contextos iconográficos neolíticos nos obliga, necesariamente, a replantearnos su cronología concreta y su papel dentro de la sociedad que lo desarrolló. De la misma manera, deberemos tener presente cual pudo ser la relación entre estas representaciones y los motivos esquemáticos que, tradicionalmente, sí han venido vinculándose con el mundo iconográfico neolítico.

De acuerdo con los argumentos hasta ahora esgrimidos, parece probado que el primer desarrollo del arte rupestre postpaleolítico en la zona oriental de la península Ibérica debe corresponderse con la penetración en toda el área de nuevas poblaciones, portadoras de un bagaje tecnológico e industrial propio y un sistema de vida organizado sobre la base de una economía productora agrícola y ganadera. A estas comunidades neolíticas se les relaciona toda una serie de representaciones, de carácter esquemático, que se enmarcan dentro de una *koiné* iconográfica fácilmente identificable entre las sociedades del Neolítico Antiguo, tanto del área mediterránea, como de Centroeuropa (Martí y Hernández, 1988; Cardito, 1998; Soudsky y Pavlu, 1966). La identificación entre los motivos decorativos cerámicos de esas mismas manifestaciones, junto a la multiplicación de los elementos de ornamento personal que se documenta en el registro (Pascual, 1998), inciden en definir una sociedad donde aquellos ítems con una clara dimensión social e ideológica adquieren un gran desarrollo. En relación a las comarcas centrales valencianas, el carácter simbólico o religioso de parte de estas representaciones tiene su punto álgido en el reconocimiento, para algunas de las estaciones (caso de La Sarga o Petracos) de un papel especial, posibles santuarios, donde se concentran buena parte de las grandes manifestaciones macroesquemáticas (Martí, 1990).

Dentro de este mundo iconográfico, junto a los mencionados motivos de antropomorfos, ramiformes o serpentiformes, debemos reconocer la presencia también de zoomorfos (Torregrosa y Galiana, 2000). En este contexto es donde debemos incluir aquellos fragmentos cerámicos de Or donde aparecían representados, entre otros, un ciervo y una cabra. Ya algunos autores (Mateo, 2002; Utrilla, 2002) han señalado el carácter “esquemático” de algunos de los convencionalismos empleados (véase las astas del cérvido), no justificables en base a la técnica utilizada para su realización. Frente a la interpretación que se les ha dado tradicionalmente (Hernández, 1995), creemos que sus paralelos más directos deben situarse dentro del bagaje iconográfico de esas sociedades neolíticas que se difunden por buena parte de Europa. Por ello, aunque parezca alejado geográficamente, ante estas representaciones cerámicas de Or debemos recordar los frisos con escenas de capturas de ciervos de Çatal Hüyük (Mellaart, 1971). Estas mismas escenas nos deben advertir de otro aspecto. No sólo dentro de la iconografía neolítica podemos encontrar representaciones de fauna salvaje, sino también que el mismo concepto de composición escénica está ya desarrollado dentro del lenguaje artístico de estas sociedades. En el contexto del ámbito geográfico que nos ocupa, un ejemplo de la plasmación de este tipo de concepciones lo encontraríamos en el Abrigo de la Coquinera II (Obón, Teruel). Si aceptamos que las figuras de orantes allí representadas deben corresponder a un horizonte cronológico antiguo (Picazo, 1992; Utrilla, 2002), relacionado con la introducción en la zona de las primeras evidencias neolíticas, la escena esquemática infrapuesta a éstos, interpretada como una cacería de una manada de ciervos, debe también corresponder a este momento antiguo.

Si nos volvemos hacia el fuerte núcleo de implantación de las comarcas centro-meridionales valencianas, la presencia de los mencionados “santuarios” y la importante cantidad de estaciones con representaciones “esquemáticas” ahonda en el destacado papel que jugaban dentro de las estructuras sociales y territoriales dichas manifestaciones. Esta organización del territorio se materializa en la variedad funcional documentada entre los yacimientos de la zona, tanto en cueva (grandes cuevas de habitación, pequeños covachos con niveles de ocupación esporádicos, de uso funerario, cuevas-redil para la estabulación de los ganados), como al aire libre. Precisamente, los datos aportados por los trabajos de excavación en el yacimiento del Mas d'Is (Bernabeu *et al.*, 2002) confieren además a estos grupos una capacidad de inmovilización de trabajo, con el desarrollo de grandes obras –caso de los fosos documentados en dicho yacimiento– que nos deben hacer considerar un grado de complejidad de sus estructuras sociales muy superior a la que se les venía otorgando hasta la fecha (Vicent, 1990; Rubio, 1997).

La situación que advertimos para este ámbito se hace extensiva al resto de áreas donde documentamos el asentamiento de poblaciones neolíticas durante este horizonte cronológico antiguo. Si bien la información no es tan abundante como en el área valenciana, parece más que probado que

la penetración en el Alto Aragón de poblaciones neolíticas no sólo liquida las escasas evidencias de ocupaciones mesolíticas (esa sería nuestra interpretación del nivel VIII de Forcas II), sino que también inaugura, en la zona, el desarrollo del ciclo artístico esquemático, manifestado en toda el área a través de una gran cantidad de estaciones (Utrilla, 2000).

El registro arqueológico analizado ha permitido documentar una fuerte dinámica expansiva para estos grupos. De ese modo, desde finales del VII milenio bp, la penetración, o bien de poblaciones, o bien de claras evidencias aculturadoras, es más que patente para toda la zona de desarrollo del arte levantino. A esta dinámica es a la que debemos relacionar aquel conjunto de manifestaciones esquemáticas (ramiformes, serpentiformes, zig-zags, zoomorfos) presentes en diversos abrigos del Bajo Aragón y del área de Valltorta-Gasulla, siempre por debajo de las representaciones correspondientes al ciclo levantino.

Esta afirmación obliga, necesariamente, a centrar nuestra atención en las representaciones del arte esquemático, sus características y relaciones con las manifestaciones levantinas. Sin embargo, a la hora de valorar el esquematismo, como ya hemos visto, y han puesto de relieve los trabajos de Torregrosa y Galiana (2001), se hace necesaria una mayor concreción cronológica de los elementos a los que nos estamos refiriendo en cada ocasión. El amplio margen de desarrollo que se considera para estos motivos enmascara una realidad más compleja, al unificar bajo un mismo concepto ciclos artísticos diferenciados tanto espacial como cronológicamente. A la ya mencionada fase esquemática antigua, hemos de añadir aquellas representaciones que se relacionan con la difusión del fenómeno megalítico o aquellas otras claramente vinculadas con los horizontes culturales calcolíticos, cuyo máximo exponente es la llamada cerámica simbólica de Los Millares. Esta situación cobra especial importancia cuando analizamos las múltiples superposiciones, en ambos sentidos, que se documentan a lo largo de toda la geografía del arte levantino, planteándonos la situación de convivencia de los dos estilos. Sin una mayor definición de los ciclos esquemáticos, buena parte de la información que nos pueden aportar dichas superposiciones queda mermada y mediatizada.

Volviendo a la problemática general que nos ocupa, la interpretación que hemos ofrecido de elementos como las cerámicas de Or o el Abrigo de la Coquinería II, matizan claramente las “notables” diferencias existentes entre el arte levantino y las manifestaciones “esquemáticas”. Tanto los elementos iconográficos más característicos (ciervos y cabras), como la concepción de una estructura narrativa de las escenas plasmadas, pueden integrarse dentro del universo artístico neolítico, haciendo innecesaria cualquier referencia a influencias ajenas a este complejo cultural para explicarlas. Esta situación se contrapone claramente a aquellas representaciones que, con claridad, podemos adscribir al horizonte cultural mesolítico: las plaquetas con motivos lineal-geométricos.

Por tanto, de acuerdo con lo expuesto hasta ahora, parece evidente que el primer horizonte artístico rupestre que se

documenta, para toda el área de estudio, se corresponde con manifestaciones esquemáticas vinculadas al proceso de expansión de los grupos neolíticos antiguos. Sin embargo, en este marco, parece claro que no se imbrica el arte levantino. Su posición relativa siempre posterior a aquellas figuraciones y su fuerte desarrollo en determinadas áreas donde la intrusión de los grupos del Neolítico Antiguo es bastante limitada, nos llevan a una conclusión lógica: una vez desestimada su consideración como un arte de caza-recolectores, entonces, deberemos admitir que, como arte neolítico, su surgimiento debe ser posterior al desarrollo del mencionado ciclo esquemático antiguo.

Con estos planteamientos, queda claro que debemos volver al registro arqueológico para advertir en qué momento podríamos considerar que el ciclo esquemático antiguo pierde vigencia. Las superposiciones documentadas, tanto en La Sarga, como en Barranc de Benalí IV, de figuras levantinas sobre motivos macroesquemáticos, pueden ser interpretadas o bien como la evidencia de una ignorancia del valor simbólico/religioso de estas manifestaciones, o como un intento de amortizarlos (Bernabeu, 1999), substituyéndolos por los elementos representativos de una nueva ideología. En ambos casos, la pérdida del valor que para las sociedades humanas tenían aquellas figuras es obvio. Si atendemos al registro arqueológico de esta zona (área centro-meridional valenciana), sólo las mismas sociedades neolíticas pudieron protagonizar estos actos de amortización.

Ante esta tesitura, los profundos cambios que se documentan en el registro regional a partir del segundo cuarto del VI milenio bp, podrían interpretarse en esta línea de disolución de las estructuras sociales anteriores. El abandono o marginalización de un buen número de yacimientos con una intensa ocupación hasta ese momento afecta, como hemos visto, de una manera especial, a las grandes cuevas de habitación. Esto comporta una necesaria reestructuración de las formas de explotación de los territorios de los distintos grupos. La misma dinámica interna del Mas d'Is, a pesar de su perduración hasta finales del milenio, parecer marcar para este momento un declive en el uso de sus estructuras (Bernabeu *et al.*, e. p.). Si la lectura social que proponemos para estos cambios es correcta, podemos considerar que, para el conjunto de estas comarcas valencianas, el segundo cuarto del VI milenio bp (Neolítico postcardial o Ic), podría marcar ese momento de substitución de los esquemas ideológicos dominantes, abriéndose la puerta a la generación de nuevos ciclos iconográficos.

Esta relación entre ciclos socio-económicos y artísticos vuelve a hacerse evidente con el desarrollo de las sociedades del Eneolítico. Como hemos podido advertir anteriormente, a partir de inicios del V milenio bp, en todas las regiones implicadas se percibe un claro y profundo cambio en las características del registro arqueológico, el cual nos está remitiendo a una nueva sociedad: gestión del territorio sobre la base de poblados agregados al aire libre (en bastantes casos delimitados por estructuras tipo foso), generalización de los enterramientos colectivos acompañados de un ajuar muy estandari-

zado, fuerte expansión demográfica que lleva a la colonización de zonas hasta ahora marginales... En este momento se percibe, también, el desarrollo de un nuevo ciclo artístico esquemático que, para las comarcas centro-meridionales valencianas, se relaciona claramente con elementos iconográficos procedentes del potente foco cultural de Los Millares.

En todo caso, no debemos, ni podemos, caer en la lectura simplista de vincular a cada sociedad una determinada manifestación artística. Los cambios que, a nivel social, hemos podido apreciar en el registro, pudieron afectar al plano ideológico de dichas sociedades y, por consiguiente, a sus formas de expresión. Sin embargo, estos cambios a un determinado nivel pueden desencadenar una multiplicidad de situaciones diferentes –puede surgir una nueva iconografía que sustituya a la anterior, mantenerse la misma pero con variaciones en su significado, producirse cambios dentro de la misma iconografía...– no excluyentes entre sí. La situación concreta deberá ser estudiada en el marco de cada una de las formaciones sociales afectadas. De esta manera, parece probable que los ciclos esquemáticos se distribuyen a lo largo de toda la secuencia neolítica. La reciente interpretación de las superposiciones de Cantos de la Visera II, Yecla (Alonso, 1999), destaca la presencia de un motivo esquemático en medio del desarrollo del ciclo levantino del abrigo. Por consiguiente, hemos de aceptar que durante el transcurso de un determinado momento, las sociedades neolíticas utilizaron dos lenguajes gráficos diferenciados. Este aspecto confiere aún mayor complejidad a la interpretación que debemos dar a estas representaciones rupestres. Al mismo tiempo, destaca la necesidad perentoria de profundizar en nuestros conocimientos sobre los diversos ciclos esquemáticos, su vigencia, alcance geográfico y relaciones.

En todo caso, y vista la imposibilidad de poder imbricar el arte levantino dentro de las estructuras de los grupos del Neolítico Antiguo, debemos reconocer que aquellos dos momentos de inflexión advertidos en el área valenciana (el segundo cuarto del VI milenio y los inicios del V milenio bp) pudieron favorecer las condiciones sociales para la modificación del discurso ideológico vigente, alterándose su significación y/o permitiendo el desarrollo de nuevas formas artísticas para expresar conceptos diferentes. Lamentablemente, la calidad de los registros arqueológicos de las restantes áreas estudiadas no permite contrastar los extremos advertidos. Podemos reconocer, para la zona más meridional unos elementos que la mantienen vinculada durante buena parte del VI milenio bp con el núcleo valenciano. Al mismo tiempo, parece claro que, cuanto menos desde mediados de ese mismo milenio, las economías productoras se encuentran plenamente instaladas en el Bajo Aragón, habiéndose liquidado las últimas tradiciones industriales mesolíticas. Estos elementos, sin poder considerarse concluyentes, si parecen indicar un contexto socio-económico para el conjunto del área de estudio diferente al que hemos reconocido en momentos anteriores.

Obviamente, una vez determinado un nuevo marco crono-cultural para el arte levantino, se modifican tanto su

significación dentro de la sociedad como su relaciones con el conjunto del registro arqueológico o su posible duración. Sin embargo, como ya hemos dicho, estas cuestiones exce- den ya las posibilidades de este trabajo.

VALORACIÓN FINAL

El arte rupestre, como elemento iconográfico representa- tivo de una determinada estructura social, debe imbricarse con aquellos elementos del registro arqueológico que nos infor- man sobre las formas socio-económicas de las comunidades prehistóricas. Esta contextualización del arte comporta que las evidencias sobre cambios a estos niveles, dentro de las socie- dades implicadas, debieron afectar al propio discurso artístico empleado, determinando su duración y su puesta o pérdida de valor dentro del marco ideológico de dicha sociedad.

Actualmente, estamos aún muy lejos de poder realizar una lectura “etnológica” del registro neolítico peninsular que nos permita aproximarnos a la significación y papel de las manifestaciones artísticas rupestres dentro de las estructuras sociales concretas de estos grupos. Para algunos momentos, la información es más cuantiosa y algunos aspectos de la sociedad pueden ser reconocidos. Sin embargo, las carencias de otros momentos y regiones, limitan ciertos análisis, como el aquí planteado. Esta limitación, no obstante, no invalida aquellos puntos sobre los que, creemos, la información arque- ológica actual es ya bastante clara. Así, y atendiendo a la pro- blemática central de este trabajo –la definición crono-cultural del arte levantino–, podemos mantener los siguientes puntos:

- Para el área oriental de la península Ibérica, el inicio de las manifestaciones rupestres postpaleolíticas se rela- ciona con la presencia en la zona de las primeras comu- nidades neolíticas. El episodio artístico del lineal-geo- métrico, vinculado sin duda a las últimas poblaciones mesolíticas, se ciñe a una serie de representaciones, exclusivamente, sobre soporte mueble.
- A estas primeras comunidades neolíticas se relacio- na un ciclo artístico, de carácter eminentemente esque- mático (esquemático antiguo). El carácter religioso-sim- bólico de algunas de estas manifestaciones las dota de un elevado valor dentro de dichas sociedades.
- Son estas mismas comunidades las que protagonizan todo un importante proceso expansivo que afecta a la casi totalidad del marco geográfico de estudio. Prácticamente en todas las regiones donde se documenta arte levantino, encontramos también evidencias de este primer arte esquemático.
- Esta dinámica expansiva comporta la existencia de una dualidad de tradiciones culturales, Neolítico- Mesolítico Final, que puede rastrearse en algunas zonas hasta el primer cuarto del VI milenio bp. Junto a la falta de evidencias materiales en muchas de las áreas estudia- das, el registro arqueológico confiere a estas poblaciones mesolíticas terminales un papel bastante pasivo dentro del proceso de expansión de las economías productoras.

– Desestimada la opción de un arte levantino fruto de las últimas sociedades caza-recolectoras, tampoco parece que podamos integrar sus manifestaciones dentro del ciclo artístico protagonizado por los grupos neolíticos cardiales y epicardiales.

– Aceptado el importante papel social de las representaciones rupestres, los evidentes cambios en el registro que se documentan en las comarcas centrales valencianas, interpretadas como un proceso de disolución y cambio de las estructuras sociales, a partir del segundo cuarto del VI milenio bp, podrían favorecer un cambio en las tradiciones iconográficas. De tal manera, se abriría la puerta a la posibilidad del desarrollo de un nuevo ciclo artístico, dentro del citado marco geográfico.

Así pues, en base a toda la argumentación anterior, parece bastante claro que debemos rechazar el binomio arte levantino/neolitización. De acuerdo con el registro analizado, estas manifestaciones artísticas forman parte del bagaje iconográfico desarrollado por poblaciones con una base económica sustentada en las producciones agrícolas y ganaderas, con las implicaciones, a nivel de estructuración y complejidad social, que ello conlleva (Bender, 1978; Price, 1995), y su articulación a lo largo de todo el espacio geográfico donde lo encontramos no pudo ser obra más que de estas poblaciones neolíticas.

Como hemos visto, sin embargo, los datos actualmente disponibles, no nos permiten definirlos sobre el momento cronológico preciso de surgimiento de esta manifestación, más allá de su localización con posterioridad al primer cuarto del VI milenio bp. Este umbral, considerado para un área muy definida, necesita ser contrastado para el resto de ámbitos geográficos implicados. De la misma manera que hemos argumentado frente a la opción de una autoría mesolítica del arte levantino, debemos recordar que, para aceptar un determinado contexto histórico, éste deberá ser aplicable a todas las áreas de desarrollo de esta manifestación. La reconocida unidad en las técnicas pictóricas, la composición de escenas o el estilo entre todo el conjunto de estas representaciones, más allá de las lógicas particularidades regionales, no puede interpretarse de otra manera que no sea aceptando la existencia de unas relaciones y vínculos entre los diferentes grupos sociales implicados. Dado, además, el carácter restringido del marco geográfico considerado, deberemos reconocer que estos vínculos, cuanto menos, comportan unas relaciones preferenciales entre determinados grupos, cuando no un carácter excluyente hacia otros.

Sin embargo, con la aceptación de este nuevo marco crono-cultural, creemos que se salvan las contradicciones evidenciadas entre el registro arqueológico y las propuestas interpretativas vigentes actualmente. Queda, como hemos dicho, aún mucho camino por recorrer. De poco sirve dotar a estas manifestaciones artísticas de un determinado contexto cronológico o cultural, si no somos conscientes del contexto social en el cual se encuentran inmersas. Sólo conjugando todos estos elementos seremos capaces de ofrecer una respuesta realmente satisfactoria.

LLUÍS MOLINA BALAGUER

Dpt. Prehistòria i Arqueologia. Universitat de València.
Avda. Blasco Ibáñez, 28. 46010. València.
E.mail: Lluís.Molina@uv.es

ORETO GARCÍA PUCHOL

Dpt. Prehistòria i Arqueologia. Universitat de València.
Avda. Blasco Ibáñez, 28. 46010. València.
E.mail: Oreto.Garcia@uv.es

M^a ROSA GARCÍA ROBLES

Servei d'Investigació Prehistòrica. Diputació de València.
C/ Corona, 36. 46003. València.
E.mail: mrgarcia@uv.es

NOTAS

- 1 La única referencia publicada en relación con los nuevos trabajos en el abrigo (García-Puchol y Aura, 2000), iniciados en el año 1998 y concluidos en el año 2001, responden a los datos del primer sector excavado (sector 1) en el que no se alcanzaron los niveles mesolíticos del abrigo. Posteriormente, pudimos comprobar además las dificultades estratigráficas planteadas por este sector, lo que nos obligó a trasladar el área de intervención a los denominados sectores 2 y 3 (García-Puchol, 2002). Este aspecto ha posibilitado la actuación sobre los niveles mesolíticos y neolíticos del abrigo que indudablemente muestran una ruptura patente entre ellos, que contrasta con nuestros planteamientos iniciales. En breve, no obstante, tendremos ocasión de extendernos a este respecto cuando se publique la monografía completa del abrigo, en fase de realización en estos momentos.
- 2 La inserción dentro de un mismo marco cronológico y cultural de las manifestaciones macroesquemáticas y el primer desarrollo de motivos esquemáticos (Torregrosa, 2000-2001), vuelve poner sobre la mesa el debate, tantas veces planteado, sobre la validez de la terminología empleada habitualmente (p. ej. Martí y Hernández, 2000-2001). Sin querer entrar en esta controversia, para los propósitos de este trabajo, y por pura comodidad, a este conjunto de manifestaciones esquemáticas y macroesquemáticas vinculadas al horizonte neolítico cardial, lo referiremos unitariamente como “esquemático antiguo”. Sólo en el caso concreto de referirnos a los grandes orantes, mantendremos la acepción de “macroesquemático”.
- 3 Así, las recientes publicaciones de la industria lítica de los yacimientos de Chaves (Cava, 2000) como de La Draga (Bosch *et al.*, 2000), permiten plantear un origen plenamente neolítico para el doble bisel y los segmentos (Juan-Cabanilles y Martí, 2002). Por tanto, su sola presencia no puede ser empleada para adscribir una colección a una filiación u otra si no nos apoyamos en el resto de características tipológicas y tecnológicas de la industria lítica (García-Puchol, 2002) y otros elementos como la misma industria cerámica. Por el contrario, su presencia dentro de colecciones de filiación mesolítica nos indicaría el desarrollo de procesos aculturadores y de incorporación de los componentes industriales neolíticos.
- 4 No podemos dejar de mencionar, sin ánimo de extendernos en el detalle, la discusión surgida en relación con las fechas de los niveles mesolíticos con cerámicas de Forcas II, extensibles también a Mendandia (Álava), aunque en este caso se está a la espera de la publicación definitiva de las intervenciones llevadas a cabo. A este respecto, y aunque diversos autores corroboren su validez en base a la coherencia de la columna estratigráfica (Barandiarán y Cava, 2000; Utrilla, 2002), conviene referir que las recientes dataciones en el Bajo Aragón de los yacimientos de Botiqueria y Costalena aportan unas fechas en torno a la segun-

da mitad del VII milenio bp para la documentación de cerámica y doble bisel, mientras que las industrias con triángulos tipo Cocina van desde el primer tercio del VII milenio hasta ese momento. Si admitimos que el doble bisel tiene una filiación neolítica tal y como podría indicar Chaves (Cava 2000), tendríamos que éste es anterior, al igual que las cerámicas, en el yacimiento de Forcas II –de tradición mesolítica–, y que además, existe un desfase cronológico de unos 500 años entre su presencia en el Alto y Bajo Aragón –excepción del nivel IV de Botiquería– y otras áreas de la parte septentrional del mediterráneo peninsular, a tenor de las dataciones disponibles. Además, la presencia de cerámicas en el Bajo Aragón no se constata hasta el último tercio del VII milenio bp, fecha que por otra parte se aviene mejor con las dataciones de los primeros conjuntos cerámicos en el área inmediata del Bajo Ebro y Castelló, a diferencia de lo que ocurre con el escaso doble bisel del nivel IV de Botiquería datado en 6.830±50 bp. Sin duda, el debate en torno a las dataciones radiocarbónicas queda abierto tal y como se desprende de publicaciones recientes (Bernabeu, Pérez Ripoll y Martínez Valle, 1999; Barandiarán y Cava, 2000), siendo necesaria una reflexión profunda a este respecto.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, P., 1968. *La Pintura Rupestre Esquemática en España*. Salamanca.
- ALMAGRO, M., 1944. Los problemas del Epipaleolítico y Mesolítico en España. *Ampurias*, 6: 1-38. Barcelona.
- ALMAGRO, M., 1952. *El covacho con pinturas rupestres de Cogul (Lérida)*. Instituto de Estudios Ilerdenses. Lleida.
- ALMAGRO, M., 1971. La Cueva del Niño (Albacete) y la Cueva de la Griega (Segovia). Dos yacimientos de arte rupestre recientemente descubiertos en la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 28: 9-62. Madrid.
- ALONSO, A., 1999. Cultura artística y cultura material: ¿un escollo insalvable? *Bolskan*, 16: 71-107. Huesca.
- ALONSO, A., GRIMAL, A., 1999. El Arte Levantino: una manifestación pictórica del epipaleolítico peninsular. En VV.AA.: *Cronología del Arte Levantino*. València.
- ANDRÉS, M. T., 1998. *Colectivismo funerario neo-eneolítico*. Zaragoza.
- APARICIO, J., SAN VALERO, J., 1977. Nuevos abrigos con pinturas rupestres en Navarrés, Quesa y Bicorp. *Revista Enguera*. Enguera.
- ASQUERINO, M. D., LÓPEZ, P., 1981. La Cueva del Nacimiento (Pontones): un yacimiento neolítico en la Sierra del Segura. *Trabajos de Prehistoria*, 38: 109-132. Madrid.
- BALDELLOU, V., 1991. *Guía. Arte Rupestre del río Vero*. Zaragoza.
- BALDELLOU, V., UTRILLA, P., 1999a. Arte rupestre y cultura material en Aragón: presencias y ausencias, convergencias y divergencias. *Bolskan*, 16: 21-37. Huesca.
- BALDELLOU, V., UTRILLA, P., 1999b. Le Néolithique en Aragon. *Le Néolithique du Nord-Ouest Méditerranéen*. XXIV C.P.F.: 225-237. Carcasone.
- BARANDIARÁN, I., 1978. El abrigo de la Botiquería dels Moros, Mazaleón (Teruel). Excavaciones arqueológicas de 1974. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 5: 49-138. Castelló.
- BARANDIARÁN, I., CAVA, A., 1989. *La ocupación prehistórica del abrigo de Costalena (Maella, Zaragoza)*. Arqueología Aragonesa, 6. Zaragoza.
- BARANDIARÁN, I., CAVA, A., 1992. Caracteres industriales del Epipaleolítico y Neolítico en Aragón: su referencia a los yacimientos levantinos. En P. Utrilla (ed.): *Aragón / litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 181-196. Zaragoza.
- BARANDIARÁN, I., CAVA, A., 2000. A propósito de unas fechas del Bajo Aragón: reflexiones sobre el Mesolítico y el Neolítico en la cuenca del Ebro. *Spal*, 9: 293-326. Sevilla.
- BARTON, C. M., BERNABEU, J., AURA, J. E., MOLINA, LL., SCHMICH, S., 2001. Historical contingency, nonlinearity and neolithization of the western Mediterranean. *66 Annual Meeting of the Society for American Archaeology*. New Orleans.
- BARRIOS, I.; CENICEROS, J., 1992. Excavaciones arqueológicas en Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, la Rioja). Campaña de 1988. *Berceo*, 121: 27-59. Logroño.
- BELTRÁN, A., 1968. *Arte Rupestre Levantino*. Zaragoza.
- BELTRÁN, A., 1974. *Las pinturas rupestres prehistóricas de La Sarga (Alcoy), El Salt (Penàguila) y El Calvari (Bocairente)*. Trabajos Varios del S.I.P., 47. València.
- BELTRÁN, A., 1987. La fase pre-levantina en el arte prehistórico español. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVII: 81-96. València.
- BENAVENTE, J. A., ANDRÉS, M. T., 1989. El yacimiento neolítico de Alonso Norte (Alcañiz, Teruel). Memoria de las prospecciones y excavaciones arqueológicas de 1984-85. *Al-Qannis*, 1: 2-58. Alcañiz.
- BENDER, B., 1978. From Gatherer-Hunter to Farmer. A Social Perspective. *World Archaeology*, 10: 204-222. Abingdon.
- BERNABEU, J., 1989. *La tradición cultural de las cerámicas impresas en la zona oriental de la península Ibérica*. Trabajos Varios del S.I.P., 86. València.
- BERNABEU, J., 1997. Indigenism and migrationism. The neolithisation of the Iberian Peninsula. *Porocilo*, XXIV: 1-17. Ljubljana.
- BERNABEU, J., 1999. Pots, symbols and territories: the archaeological context of neolithisation in Mediterranean Spain. *Documenta Praehistorica*, XXVI: 101-118. Ljubljana.
- BERNABEU, J., 2002. The social and symbolic context of neolithisation. En E. Badal, J. Bernabeu, B. Martí (eds.): *El paisatge en el Neolític mediterráneo. Saguntum-P.L.A.V. Extra*, 5: 209-233. València.
- BERNABEU, J., OROZCO, T., Díez, A., 2002. El poblamiento neolítico: desarrollo del paisaje agrario en Les Valls de l'Alcoi. En M. S. Hernández, J. M. Segura (coords.): *La Sarga. Arte rupestre y territorio*: 171-184. Alcoi.
- BERNABEU, J., OROZCO, T., Díez, A., GÓMEZ, M., e. p. Mas d'Is (Penàguila, Alicante): aldeas y recintos monumentales del Neolítico Inicial en el Valle del Serpis.
- BERNABEU, J., PÉREZ RIPOLL, M., MARTÍNEZ VALLE, R., 1999. Huesos, Neolitización y Contextos Arqueológicos Aparentes. En J. Bernabeu y T. Orozco (eds.): *II Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Saguntum-P.L.A.V. extra-2*: 589-596. València.
- BOSCH, A., CHINCHILLA, J., TARRÚS J. (coords.), 2000. *El poblament lacustre neolític de La Draga. Excavacions de 1990 a 1998*. Monografies del CASC, 2. Girona.
- BOSCH, J., 1999. Notes comentades al capítol "La cova del Vidre (Roquetes, Baix Ebre)". En F. Esteve (ed.): *Recerques Arqueològiques a la Ribera Baixa de l'Ebre*: 69-70. Amposta.

- BOSCH GIMPERA, P., 1924. Els problemes arqueològics de la Província de Castelló. *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 5: 81-120. Castelló.
- BREUIL, H., 1912. L'Age des cavernes et roches ornées de France et d'Espagne. *L'Anthropologie*, XIX: 193-234. Paris.
- BREUIL, H., 1935. *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*. Lagny.
- CARDITO, M. L., 1998. Arte macroesquemático y paralelos mediterráneos: Apuntes para su cronología. *Saguntum-PLA.V*, 31: 99-108. València.
- CASABÓ, J., 1990. La industria lítica de Cova Fosca. Nuevos datos para el conocimiento del proceso de neolitización en el Mediterráneo Occidental. *Xàbiga*, 6: 148-174. Xàbia.
- CAVA, A., 2000. La industria lítica del Neolítico de Chaves (Huesca). *Saldvie*, 1: 77-164. Zaragoza.
- COLOMINAS, J., 1925. *Prehistòria de Montserrat*. Analecta Montserratensia, VI. Montserrat.
- DE MARRAIS, E., CASTILLO, C. J., EARLE, T., 1996. Ideology, materialization and power strategies. *Current Anthropology*, 37 (1): 15-31. Chicago.
- DEL VAL, M. J., 1977. Yacimientos líticos de superficie en el Barranco de la Valltorta, Castellón. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 4: 45-77. Castelló.
- DENNELL, R., 1984. The expansion of exogenous-based economies across Europe: the Balkans and Central Europe. En S. De Atley y F. J. Findlow (eds.): *Exploring the Limits. B.A.R.*, s-223: 93-115. Oxford.
- EARLE, T., 1997. *How Chiefs Come to Power. The Political Economy in Prehistory*. Standford University Press. Standford.
- FERNÁNDEZ, J. R., GUILLEM, P., MARTÍNEZ VALLE, R., GARCÍA-ROBLES, M. R., 2002. El contexto arqueológico de la Cova dels Cavalls. En R. Martínez Valle y V. Villaverde (coords.): *La Cova dels Cavalls en el Barranc de la Valltorta*. Monografías del Instituto de Arte Rupestre, Museu de la Valltorta, 1: 49-73. Tírig.
- FERNÁNDEZ ERASO, J., 1992. El Neolítico Cardial de Peña Larga, Cripán, Álava. En P. Utrilla (ed.): *Aragón/litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 375-382. Zaragoza.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M., MOURE, A., 1975. El Abrigo de Verdelpino (Cuenca). Un nuevo yacimiento neolítico en el interior de la Península Ibérica. *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 3: 189-236. Madrid.
- FORTEA, F. J., 1973. *Los Complejos Microlaminares y Geométricos del Epipaleolítico mediterráneo peninsular*. Salamanca.
- FORTEA, F. J., 1974. Algunas Aportaciones a los Problemas del Arte Levantino. *Zephyrus*, XXV: 221-257. Salamanca.
- FORTEA, F. J., AURA, J. E., 1987. Una escena de vareo en la Sarga (Alcoy). Aportaciones a los problemas del Arte Levantino. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVII: 97-120. València.
- GALLART, J., REY, J., ROVIRA, J., 1996. Asentamientos neolíticos al aire libre en La Litera (Huesca). *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Rubricatum*, 1: 367-378. Gavà.
- GARCÍA, M., BUENDÍA, J., LLINARES, J., 1989. Aportación a la carta arqueológica de la región de Murcia: el índice de yacimientos. *Verdoly*, 1: 7-48. Murcia.
- GARCÍA DEL TORO, J., 1986. Los cazadores-pescadores post-paleolíticos. Sus asentamientos hasta el Neolítico Final. En *Historia de Cartagena, tomo II*: 163-174. Cartagena.
- GARCÍA-PUCHOL, O., 2002. *Tecnología y Tipología de la Piedra Tallada durante el Proceso de Neolitización*. Tesis doctoral inédita. Universitat de València.
- GARCÍA-PUCHOL, O.; AURA, J. E., 2000. Abric de la Falaguera (Alcoi). En *Catálogo del Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó de Alcoy*: 63-66. Alcoi.
- GARCÍA-ROBLES, M. R., 2003. *Aproximación al territorio y el hábitat del Holoceno inicial y medio. Datos arqueológicos y valoración del registro gráfico en dos zonas con arte levantino. La Rambla Carbonera (Castellón) y la Rambla Seca (Valencia)*. Tesis Doctoral inédita. Universitat de València.
- GIL, F., 2000. El yacimiento neolítico de La Borracha II (Jumilla, Murcia). *Pleita*, 3: 5-37. Jumilla.
- GUILAINE, J., ZAMMIT, J., 2002. *El camino de la Guerra. La Violencia en la Prehistoria*. Barcelona.
- GUILAVER, A., JOVER, F. J., FERNÁNDEZ, J., 1999. Las primeras comunidades agropecuarias del Río Vinalopó. En J. Bernabeu y T. Orozco (eds.): *II Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Saguntum-PLA.V*, extra-2: 283-290. València.
- HERNÁNDEZ, M. S., 1995. Arte Rupestre en el País Valenciano. Bases para un debate. *Actes de les Jornades d'Arqueologia d'Alfàs del Pi*: 89-118. Alfàs del Pi.
- HERNÁNDEZ, M. S., 2000. Sobre la religión neolítica. A propósito del arte macroesquemático. *Scripta in honorem Enrique A. Llobregat Conesa*: 137-155. Alacant.
- HERNÁNDEZ, M. S., FERRER, P., CATALÁ, E., 1988. *Arte rupestre en Alicante*. Alacant.
- HERNÁNDEZ, M. S., FERRER, P., CATALÁ, E., 1994. *L'Art Macroesquemàtic. L'albor d'una nova cultura*. Cocentaina.
- HERNÁNDEZ, M. S., FERRER, P., CATALÁ, E., 1998. *L'Art Llevantí*. Cocentaina.
- HERNÁNDEZ, M. S., FERRER, P., CATALÁ, E., 2000. *L'Art Esquemàtic*. Cocentaina.
- HERNÁNDEZ PACHECO, F., 1924. *Las pinturas prehistóricas de las Cuevas de la Araña (Valencia)*. Evolución del Arte rupestre en España. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, 34. Madrid.
- JIMÉNEZ, E., 1962. Excavaciones en Cueva Ambrosio. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, V: 13-48. Madrid.
- JIMÉNEZ, S., AYALA, M. M., NAVARRO, F., 1999. La industria microlítica en el poblado de El Cerro de las Viñas (Lorca, Murcia). En J. Bernabeu y T. Orozco (eds.): *II Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Saguntum-PLA.V*, extra-2: 129-134. València.
- JORDÁ, F., 1966. Notas para la revisión de la cronología del Arte Rupestre Levantino. *Zephyrus*, XVII: 47-76. Salamanca.
- JORDÁ, F., 1974. Formas de vida económica en el arte rupestre Levantino. *Zephyrus*, XXV: 209-223. Salamanca.
- JOVER, F. J., SOLER, M. D., ESQUEMBRE, M. A., POVEDA, A. M., 2000-2001: La Torreta-El Monastil (Elda, Alicante): un nuevo asentamiento calcolítico en la cuenca del Río Vinalopó. *Lucentum*, XIX-XX: 27-38. Alacant.
- JUAN CABANILLES, J., 1992. La neolitización de la vertiente mediterránea peninsular. Modelos y problemas. En P. Utrilla (ed.): *Aragón/litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 255-268. Zaragoza.
- JUAN CABANILLES, J., 1994. Estructuras de habitación en la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). Resultados de las campañas de 1980-1982 y 1990. *Saguntum-PLA.V*, 27: 67-97. València.

- JUAN CABANILLES, J., MARTÍ, B., 2002. Poblamiento y procesos culturales en la Península Ibérica del VII al V milenio A. C. (8000-5500 BP). Una cartografía de la neolitización. En E. Badal, J. Bernabeu, B. Martí (eds.): *El paisaje en el Neolítico mediterráneo. Saguntum-P.L.A.V. Extra*, 5: 45-87. València.
- JUAN CABANILLES, J., MARTÍNEZ VALLE, R., 1988. Fuente Flores (Requena, Valencia). Nuevos datos sobre el poblamiento y la economía del neo-eolítico valenciano. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII: 181-231. València.
- KUNST, M., ROJO, M., 1999. El Valle de Ambrona: un ejemplo de la primera colonización Neolítica de las tierras del Interior Peninsular. En J. Bernabeu y T. Orozco (eds.): *II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Saguntum-P.L.A.V. extra-2*: 259-270. València.
- MARTÍ, B., 1988. Vaso neolítico procedente de la Cueva del Niño, Ayna (Albacete). *Homenaje a Samuel de los Santos*: 77-80. Albacete.
- MARTÍ, B., 1990. Impressed cardial decoration and rock art in Eastern Spain. En D. Cahen, M. Otte (eds.): *Rubané et Cardial, E.R.A.U.L.*, 39: 405-415. Liège.
- MARTÍ, B., 1991. Materiales neolíticos procedentes de Lorca (Murcia). *Homenaje a Jerónimo Molina*: 23-30. Murcia.
- MARTÍ, B., HERNÁNDEZ, M. S., 1988. *El Neolítico valenciano. Arte rupestre y cultura material*. València.
- MARTÍ, B., HERNÁNDEZ, M. S., 2000-2001. El arte rupestre de la fachada mediterránea: entre la tradición epipaleolítica y la expansión neolítica. *Zephyrus*, LIII-LIV: 241-265. Salamanca.
- MARTÍ, B., JUAN CABANILLES, J., 1987. *El Neolítico Valenciano. Els primers agricultors i ramaders*. València.
- MARTÍ, B., JUAN CABANILLES, J., 1997. Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la Península Ibérica. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología*, 10: 215-264. Madrid.
- MARTÍ, B., JUAN CABANILLES, J., 2002. La decoració de les ceràmiques neolítiques i la seua relació amb les pintures rupestres dels abrics de La Sarga. En M. S. Hernández, J. M. Segura (coords.): *La Sarga. Arte rupestre y territorio*: 147-170. Alcoi.
- MARTÍNEZ ANDREU, M., 1983. Aproximación al estudio del Epipaleolítico en la región de Murcia. *XVI Congreso Nacional de Arqueología*: 39-51. Zaragoza.
- MARTÍNEZ ANDREU, M., 1986. El final del Paleolítico Superior y el proceso de neolitización. *Historia de Cartagena*, tomo II: 101-132. Cartagena.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C., 1988. El Neolítico en Murcia. En P. López (coord.): *El Neolítico en España*: 167-194. Madrid.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C., 1994. Nueva datación de C-14 para el Neolítico de Murcia. Los Abrigos del Pozo (Calasparra). *Trabajos de Prehistoria*, 51 (1): 157-161. Madrid.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J., 1946. *Esquema Paleontológico de la Península Hispánica*. Publicaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre. Madrid.
- MARTÍNEZ VALLE, R., VILLAYERDE, V. (coords.), 2002. *La Cova dels Cavalls en el Barranc de la Valltorta*. Monografías del Instituto de Arte Rupestre, Museu de la Valltorta, 1. Tírig.
- MATEO, M. A., 2002. La llamada "fase pre-levantina" y la cronología del arte rupestre levantino. Una visión crítica. *Trabajos de Prehistoria*, 59 (1): 49-64. Madrid.
- MAZO, C., MONTES, L., 1992. La transición Epipaleolítico-Neolítico antiguo en el abrigo de El Pontet (Maella, Zaragoza). En P. Utrilla (ed.): *Aragón/litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 243-254. Zaragoza.
- MELLAART, J., 1971. *Çatal Hüyük. Une de les premières cités du monde*. París.
- MESADO, N., FUMANAL, M. P., BORDAS, V., 1997. Estudio Paleambiental de la Cova de les Bruixes (Rosell, Castelló). Resultados preliminares. *Cuaternario y Geomorfología*, 11 (3-4): 93-111. Logroño.
- OBERMAIER, H., WERNERT, P., 1919. *Las pinturas rupestres del barranco de la Valltorta (Castellón)*. C.I.P.P., 23. Madrid.
- OLÀRIA, C., 1999. Noves intervencions arqueològiques als jaciments neolítics del Cingle del Mas Nou i Cova Fosca (Ares del Maestre, Alt Maestrat). *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques*, 20: 350-374. Castelló.
- OLIVER, R., ARIAS, J. M., 1992. Nuevas aportaciones al arte rupestre post-paleolítico. *Saguntum-P.L.A.V.*, 25: 181-190. València.
- PASCUAL, J. LL., 1998. *Utilaje Óseo, Adornos e Ídolos Neolíticos Valencianos*. Trabajos Varios del S.I.P., 95. València.
- PERICOT, L., 1945. La cueva de la Cocina (Dos Aguas). Notas preliminares. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II: 39-71. València.
- PICAZO, J., 1992. Avance sobre el conjunto con Pinturas Rupestres de La Coquinera (Obón, Teruel). En P. Utrilla (ed.): *Aragón/litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 455-466. Zaragoza.
- PLA, E., MARTÍ, B., BERNABEU, J., 1983. Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). Campañas de excavación 1976-1979. *Noticiario Arqueológico Hispano*, 15: 41-58. Madrid.
- PRICE, T. D., 1995. Social Inequality at the Origins of Agriculture. En T. D. Price, G. F. Feinman (eds.): *Foundations of Social Inequality*: 129-151. New York.
- RIPOLL, E., 1960. Para una cronología relativa de las pinturas rupestres del levante español. *Festschrift für Lothar Zotz*: 457-465. Bonn.
- RIPOLL, E., 1966. Cuestiones en torno a la cronología del arte rupestre postpaleolítico en la Península Ibérica. *Simposio Internacional de Arte Rupestre*. Barcelona.
- RODANÉS, J. M., 1998. El Bronce Medio y Tardío en La Rioja. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 22: 37-81. Madrid.
- RODRÍGUEZ, G., 1982. La cueva del Nacimiento. Pontones -Santiago-. Provincia de Jaén (España). *Le Neolithique Ancien Méditerranéen. Archeologie en Languedoc-n° special*: 237-250. Montpellier.
- RUBIO, I., 1997. El paradigma difusionista y la neolitización de la península Ibérica: una explicación recurrente. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 24: 9-58. Madrid.
- RUIZ-TABOADA, A., MONTERO, I., 1999. Ocupaciones neolíticas en Cerro Virtud: Estratigrafía y Dataciones. En J. Bernabeu y T. Orozco (eds.): *II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Saguntum-P.L.A.V. extra-2*: 207-212. València.
- SAN NICOLÁS, M., 1986. Aportación al estudio de las cuevas naturales de ocupación romana de Murcia. *Antigüedad y Cristianismo*, II: 303-309. Murcia.